



WARHAMMER  
40,000

# AHRIMAN: HECHICERO

JOHN FRENCH

minotauro



WARHAMMER  
40,000

# AHRIMAN: HECHICERO

J O H N F R E N C H

minotauro

*Abriman: Hechicero nº 02*

Versión original inglesa publicada por Black Library.  
*Abriman: Sorcerer* © Copyright Games Workshop Limited 2014.

*Abriman: Sorcerer, Abriman: Hechicero nº 02*, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo \* o ™ y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.  
Todos los derechos reservados.

Games Workshop Limited,  
Willow Road, Nottingham,  
NG7 2WS, UK.

Título original: *Abriman: Sorcerer*  
Ilustración de la cubierta: Fares Maese  
Ilustración Iconos de Tzeentch: John Blanche

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.  
© 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.  
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Ariadna Cruz González, 2023

ISBN: 978-84-450-1674-9  
Depósito legal: B. 20.705-2023  
*Printed in EU* / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conflicencia.com](http://www.conflicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)  
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro  
Twitter: @minotaurolibros



## I SUEÑOS

Pronto habrá acabado.

Grimur Hierro Rojo cerró los ojos, sintiendo el rugido del torpedo de abordaje a su alrededor mientras atravesaba el vacío. Se pasó la lengua por los dientes; le habían crecido. Se movió y sintió cómo el nudo de músculos dañados y mal desarrollados se retorció en su espalda encorvada. La batida había sido larga, pero ya casi había terminado. «Pronto», se repitió antes de abrir los ojos.

La manada de Space Wolves esperaba junto a él, con sus trajes acorazados y armas teñidas de rojo por las luces de advertencia. Treinta guerreros de hierro gris ocupaban aquel estrecho espacio. Las huellas del tiempo y la batalla eran visibles en todos ellos: en las cicatrices de sus armaduras, en las empuñaduras desgastadas de sus bólters, pero sobre todo en su silencio.

El estruendo del metal al desgarrarse invadió el aire. El torpedo empezó a sacudirse sin parar, envuelto en el ruido estridente del metal al deslizarse sobre su casco. Grimur sintió que los músculos se le tensaban contra los huesos y se preparó. El torpedo se detuvo de golpe y su punta explotó hacia fuera. Una mezcla de humo y gotas de material fundido se proyectó hacia el interior de la bodega, él salió disparado de su asiento y su manada se levantó al unísono para seguirlo.

Hierro Rojo emergió del humo a la carrera. Se topó de frente con un humano con los ojos desorbitados en un rostro de piel suturada y llena de cicatrices. Luego se fijó en el mono salpicado de suciedad y en el collar de hierro con púas que rodeaba el cuello del hombre. Su hacha lo cortó por la mitad, de la cabeza a la ingle. La cubierta se llenó de sangre y fluidos

intestinales. Entonces apareció una silueta andrajosa en la periferia de su visión, él se enderezó y disparó. El proyectil hizo que aquel cuerpo quedara reducido a un montón de jirones rojos y fragmentos de hueso.

Percibía el dulce hedor de la disformidad incluso dentro del casco, como un sabor a carne podrida y miel. Pero era otro el olor que lo empujaba a avanzar entre el humo y las detonaciones estroboscópicas, era el aroma de un alma que había recorrido esas cubiertas y tocado la piel de esa nave. Aquel al que buscaban había huido hacía tiempo, pero su rastro aún perduraba. Syeld y Lother habían seguido su rastro por el subuniverso de la disformidad y este los había conducido a aquella nave que orbitaba una estrella muerta en los límites del Ojo. Provista de una tripulación esquelética y medio lisiada, aquel vehículo era poco menos que un cadáver. Así y todo, este había gritado su nombre como un desafío cuando las embarcaciones de Hierro Rojo lo arrollaron: «*Medialuna de Sangre*», había gruñido por el sistema de comunicación. Era un hecho que moriría, pero eso no importaba, no realmente; lo que importaba era que revelara sus secretos antes de conocer su final.

Grimur pasó por en medio de la atronadora ráfaga de disparos y se adentró en la amplia embocadura de un pasaje. Su manada avanzó tras él, acompañada del rugido de las espadas sierra al activarse y del repiqueteo de los dientes y los amuletos que chocaban contra sus magulladas corazas grises. Se movían sin articular palabras o aullidos, como lobos que han sobrevivido a muchos inviernos y han perdido la sed de sangre. Acabaron con más miembros andrajosos y mutilados de la tripulación, reventaron y despedazaron sus cuerpos, manchando con sus restos sanguinolentos el metal oxidado de la cubierta. El ritmo atronador de los proyectiles bólter resonaba en el aire mientras la manada continuaba su avance en la oscuridad y se adentraba en aquel vehículo en descomposición.

Una multitud de tripulantes esclavos huyó al percatarse de la presencia de los Space Wolves, llenando el pasaje con sus gritos y cuerpos. Grimur se abrió paso entre ellos sin disminuir la velocidad. La sangre, roja y oscura, se deslizaba por su coraza, donde se acumulaba en las abolladuras, y le apelmazaba el pelaje negro de la capa. Mataba mientras avanzaba: segando, pisoteando y aplastando. Mataba en silencio, con la boca cerrada sobre sus dientes alargados, mientras su arma y su cuerpo se movían como uno solo. Lo único que sentía era el crujido del hacha al impactar contra la carne y el temblor de aquella en la mano. Lo demás, las salpicaduras en el traje acorazado o los gritos de los muertos, no significaba nada. El placer de la batalla lo había abandonado hacía mucho. Esta carnicería era lo que era, lo que siempre había sido: un medio para un fin.

Un rugido inundó el pasaje cuando Grimur atravesó la multitud de tripulantes muertos y moribundos. Alzó la mirada. Una criatura de músculos retorcidos lo miraba fijamente con los ojos inyectados en sangre. Era bastante más alta que un Space Marine y llevaba el rostro oculto por una placa de metal martillado. No tenía manos, sino unos muñones fusionados a unas cuchillas. De unos ganchos incrustados en su piel pálida colgaban unas cadenas que tintineaban a su paso, a medida que avanzaba.

Entonces un brazo de punta afilada arremetió contra él. Hierro Rojo primero lo contempló desplegar su ataque, luego tomó impulso desde el suelo, giró hasta quedar fuera de su alcance y enterró el filo curvo del hacha en la cabeza del mutante, para sacarlo después con violencia, mientras la sangre burbujeaba hasta convertirse en humo dentro de su campo de energía. Conforme su contrincante empezaba a desplomarse, él aterrizó y siguió corriendo. Detrás de él, el cuerpo de la criatura cayó sobre la cubierta con una sacudida de grasa y músculo muerto.

Un proyectil bólder le impactó contra el pecho antes de que pudiera dar otro paso. Dio un traspiés y, de pronto, la visera del casco se le llenó de runas de advertencia. Sintió cómo el dolor se le extendía por el pecho. Recuperó el equilibrio y se giró para mirar en la dirección del disparo.

Un Space Marine avanzaba hacia él con una pistola bólder en una mano y un hacha sierra en la otra. Unas capas desconchadas de color rojo le cubrían la armadura, y varios jirones de piel le colgaban de las hombreras recubiertas de púas. Varias manos humanas cercenadas pendían de unas cadenas que tenía en la cintura. No llevaba casco y lucía una sonrisa de dientes de hierro ganchudos en un rostro de músculos desollados. Los de su especie recibían un nombre. Un nombre que, como todo lo demás en su decadente vida, era una mentira, un manto infame que ocultaba el color de sus pecados. Se hacían llamar el Tormento.

Grimur saltó y describió un círculo bajo con su arma cortante, obligando a sus viejos músculos a estirarse para acompañar el golpe. El guerrero del Tormento casi lo mató entonces, pero el hacha cobró vida al tiempo que daba un tajo hacia delante y restos de sangre seca y piel salían despedidos de los dientes giratorios. El ataque fue rápido, muy muy rápido. Tanto que el lobo solo pudo apartarse a medias y los dientes de sierra le atravesaron el hombro derecho y el hocico del casco. La pantalla de este se apagó con un estallido de estática. Aestó un golpe con la empuñadura, y sintió cómo impactaba contra la coraza del guerrero del Tormento y lo hacía retroceder. A continuación, dio una patada a ciegas, haciendo que la bota chocara contra algo sólido, lo que le hizo soltar un gruñido de ira que invadió

el aire. Recuperó la visión justo a tiempo para ver cómo el hacha sierra de su contrincante se precipitaba sobre su cabeza. Fue entonces cuando, apuntando hacia abajo, disparó la pistola. Los proyectiles destrozaron las piernas del Space Marine. Grimur dejó caer el hacha sobre este, haciendo que la cabeza sonriente de su oponente rodara en medio de un torrente de fluido rojo oscuro.

El lobo se irguió sobre el cadáver y, con sumo cuidado, se sujetó la pistola al muslo y levantó los brazos para quitarse el casco destrozado de la cabeza. Un aire fétido le acarició la piel desnuda de la cara. Se pasó una mano ensangrentada por el cuero cabelludo, moteando de un rastro rojizo la maraña de tatuajes desdibujados. Era una vieja costumbre, pero una que mantuvo incluso aquí, incluso aunque el olor del fluido del Space Marine era fétido. Alrededor, el túnel había quedado en silencio y los sonidos de la batalla ya no eran más que un rumor lejano. Los miembros de su manada eran rápidos, no tardarían en dar por concluida la matanza.

El hedor de la sangre del guerrero del Tormento le inundaba los sentidos cada vez que respiraba. Podía saborear los tumores esparcidos por la piel y la carne muerta de aquel cuerpo. Se preguntó si algún día él mismo se convertiría en algo semejante, si la luz del Ojo le impregnaría tanto los huesos que dejaría de ser un Señor de Fenris, si pondría fin al hilo de su vida convertido en una bestia que deambulaba en la noche helada del subuniverso.

Fenris. ¿Podía siquiera recordarlo? A veces parecía solo un nombre, una palabra que le evocaba recuerdos borrosos de la luz de las estrellas reflejadas en el mar, del ruido de los bancos de hielo al resquebrajarse, de la sangre coagulada sobre la nieve.

—Estuvo aquí—la voz de Syld interrumpió los pensamientos de Hierro Rojo, pero este no se volvió. Supo que el sacerdote rúnico había entrado en el pasaje sin necesidad de verlo u oírlo. Tampoco necesitó responderle. En lugar de eso, se agachó, mojó la punta enguantada de un dedo en el creciente charco sangriento y se lo llevó a la lengua. Por un instante, solo notó el sabor a sal y hierro, pero luego le llegó el recuerdo de lo que aquel fluido era, un destello de sensaciones a medias manchadas de locura y corrupción. Vio las cubiertas de la nave en la que se encontraba bañadas en sangre mientras empalaban a los sacrificios en altares, vio a una silueta enfundada en una servoarmadura con un casco con forma de sabueso, y vio también la imagen difusa de un estandarte que mostraba una espada plateada sujeta por un puño negro sobre un campo de color rojo.

El guerrero muerto alguna vez se había llamado Elscanar, pero había olvidado ese nombre mucho antes de que el hacha de Grimur Hierro

Rojo le cortara el hilo de la vida. Sin embargo, los restos de su cuerpo aún lo recordaban.

El lobo se enderezó, consciente una vez más de la curvatura de la espalda y la postura caída de los hombros. Los ojos azul grisáceo de Syclد le devolvieron la mirada. De manera inconsciente, el Space Wolf se llevó la mano al fragmento de hierro rojo que le colgaba de un cordón alrededor del cuello. El sacerdote rúnico también se había quitado el casco y, al hacerlo, la trenza de pelo blanco se le había soltado de la parte superior de la cabeza rapada y oscilaba a la altura de su cintura. Unas alas de cuervo esqueléticas se extendían por la pechera y las hombreras de su coraza. Varios cráneos de aves y ojos sin vida envueltos en ámbar colgaban de los bordes de la armadura y repiqueteaban contra la ceramita gris tormenta cuando se movía. La piel pálida, casi translúcida, de Syclد se estiraba y arrugaba sobre los huesos afilados de su rostro cada vez que mostraba los dientes, alargados y finos como agujas, más parecidos a los de un felino que a los de un lobo.

Era joven, al menos entre la manada de Grimur. Cuando había dado comienzo la batida, Syclد aún era savia nueva, un hombre de rostro lleno, ojos dorados y risa fácil. El tiempo y la caza habían cambiado todo eso. Había descubierto que poseía el poder del wyrd. El cuerpo se le había encogido tanto que la piel parecía retraerse hacia el hueso, incluso a medida que el poder del wyrd florecía en su alma. Ahora casi nunca hablaba y el resto de la manada apartaba la mirada cuando él pasaba. Era un caminante nocturno, un cazador del inframundo y, aunque seguía siendo un congénere, destacaba incluso entre los demás sacerdotes rúnicos.

—Él estuvo aquí —repitió Syclد con voz grave y seca—. Percibo los pasos de Ahriman en el suelo y su tacto en los huesos de la *Medialuna de Sangre*. Hace ya tiempo, pero el rastro sigue siendo fuerte.

—¿Lo bastante fuerte para que puedas llevarnos hasta él?

Syclد cerró los ojos y se pasó la lengua por los dientes.

—Tal vez —dijo tras una pausa.

—Debemos conservar el rastro —gruñó Hierro Rojo. Estaban cerca, lo sentía en los huesos y en el aliento. No poseía el poder del wyrd, pero lo sabía. No podían fallar ahora. Habían sacrificado demasiado para fracasar ahora—. Extráelo de este —e hizo un gesto con la cabeza hacia el Space Marine que yacía muerto a sus pies.

Syclد le sostuvo la mirada un buen rato. Luego, el sacerdote rúnico inclinó la cabeza y dio un paso adelante mientras unos hilos con huesos de dedos repiqueteaban contra el mango del báculo.

—Por el filo de tu hacha, mi jarl —respondió. Los cierres del guantelete se abrieron con un siseo presurizado. Sycld se arrodilló y arrancó un puñado de carne del cadáver. La sangre le goteaba entre los dedos desnudos. Se la llevó a la cara e inhaló. Las pupilas de sus ojos pálidos casi desaparecieron. Exhaló. Una bruma blanca llenó el aire. Grimur sintió que se le erizaba la piel y la mano derecha se aferró con más fuerza a la empuñadura del arma.

Sycld asintió una vez y echó la cabeza hacia atrás. Al abrir la boca de par en par, se le estiró la piel haciéndole crujir el cartílago. Grimur sintió que la mano se le cerraba en torno al amuleto de hierro rojo que llevaba al cuello. Las mandíbulas de su compañero se abrían cada vez más. Dejó entrar la carne en la boca y sus dientes se cerraron. Se meció donde estaba arrodillado con el rostro aún vuelto hacia arriba, mientras el líquido sanguinolento le corría por las mejillas deformadas. En los ojos ya no había pupilas. La coraza defensiva se le cubrió de escarcha y empezó a temblar.

Hierro Rojo alzó el hacha con los ojos fijos en el sacerdote rúnico. La disformidad los había tocado a todos. Les había impregnado los huesos y se había mezclado con la bestia que se escondía bajo la piel. Todos estaban a un paso de convertirse en abominaciones y, cada vez que el sacerdote recorría la senda de los sueños, sentía que acariciaba ese destino. Este rugió, y el sonido de aquella voz resonó y se repitió mientras se revolcaba de dolor. Una mezcla de sangre negra y bilis le brotó de entre los dientes. Grimur siguió sin bajar el arma y se preparó para atacar.

El mismo silencio pareció detener el golpe. El joven lobo se había desplomado sobre la cubierta con los ojos y la boca cerrados y los dedos crispados.

—Hermano —le llamó Grimur sin bajar el arma. Un gemido y el siseo de una armadura hicieron que este levantara la mirada. Halvar y otros diez miembros de la manada se encontraban a su lado con el armamento y las corazas relucientes de sangre. Todos se habían quitado los cascos. Las bocas y mandíbulas de algunos estaban manchadas de rojo.

«Esto debe acabar pronto, o estaremos perdidos».

—El camino está despejado hasta el núcleo central de esta cubierta —informó Halvar, desviando la mirada hacia el guerrero decapitado y la figura desplomada de Sycld.

Grimur abrió la boca justo cuando el sacerdote rúnico abrió los ojos. Su rostro había recuperado el aspecto habitual. Se puso de pie con ojos severos, levantó el brazo y se quitó un trozo de carne de los dientes con la mano desnuda.

—Lo tengo —declaró, y su voz fue como una ráfaga de viento que atraviesa un campo helado—. Puedo ver el camino que tomó. El cuerpo de sombra recorre los confines del inframundo en busca de algún fragmento del pasado. Tenemos su rastro, podemos darle caza.

Ahriman corría y los lobos corrían tras él. Jadeaba el aliento de los pulmones y los pies descalzos le sangraban sobre el polvo. La noche se extendía sobre él como una cúpula de azabache plateada. Unos hilos de luz hechos jirones le colgaban de la mano izquierda. Apretó el puño con más fuerza y sintió cómo los hilos se retorcían entre los dedos. Tras él, los aullidos se elevaban hacia la luna. Miró hacia atrás. Los lobos se acercaban, como borrones negros en movimiento a ras del suelo. El brillo de los ojos era una mezcla del rojo de las brasas y el color del oro fundido.

«Muy cerca. Demasiado cerca».

Volvió a oír los aullidos. Miró hacia delante; el acantilado se alzaba ante él, cerca, muy cerca. Saltó hacia la superficie de roca pálida. El pedregal cedió bajo sus pies y, de pronto, cayó hacia atrás dando tumbos. Los aullidos se exacerbaban en señal de triunfo.

«Esto no es real —pensó mientras caía—. Este aire en mis pulmones no es más que un recuerdo, la luz no es más que una idea».

Cayó al suelo. El aire se le escapó de los labios y rodó hasta ponerse de pie. Los lobos surgieron de la oscuridad de la noche con las fauces abiertas, mostrando unas lenguas de fuego que les brotaban de la garganta. El aire apestaba a sangre, humo y pelo apelmazado. Se irguió.

«Esto no es real —Sus ojos se cruzaron con los de los perseguidores—. Es un sueño, un lienzo creado a partir de fragmentos de experiencia e imaginación».

Los lobos saltaron, dejando escapar de aquellos dientes de hielo gotas incandescentes de saliva.

«Pero un sueño también puede matarte».

Entonces trepó por la pared del acantilado, pero unas fauces se le aferraron al tobillo. Gritó y dio una patada hacia abajo. Perdió el agarre y quedó colgado de una sola mano mientras tanteaba la pared rocosa con los pies. Los hilos dorados de luz se retorcían en su mano izquierda, luchando por liberarse. El lobo lo mordió con más fuerza. Las palabras le brotaron en la mente a medida que la sangre se desparramaba por la herida.

—Hemos venido a por ti —dijo una voz entre dientes—. Nunca nos cansaremos. Te abriremos el vientre para los cuervos y alimentaremos con tu alma a la serpiente del corazón del mundo. Somos tu olvido, Ahzek Ahriman. Tu alma cantará a la noche eternamente.

Ahriman sintió que el agarre en donde se mantenía empezaba a ceder. Miró al lobo que le colgaba de la pierna, y, por un momento, le pareció que el cuerpo de pelaje sombrío se hinchaba. Sus ojos se encontraron con los pozos de fuego de aquel cráneo sin piel. Por debajo de él, los otros lobos se agolpaban a los pies del acantilado esbozando sonrisas de fuego.

«¡No!». Se retorció y estrelló el pie derecho contra el hocico del lobo. Al sentir que cedía, le arrancó la pierna de las fauces. El lobo se precipitó al suelo ente aullidos de dolor y rabia. Un flujo sangriento manaba de la pierna y corría por la pared del acantilado. Soltó un grito ahogado. Notó que empezaba a entumecerse todo el cuerpo, que se le formaban cristales de hielo en la piel al tiempo que las venas le hervían por dentro. Levantó la vista hacia la luna y el cielo que se extendían sobre el acantilado, pero este había comenzado a elevarse y ganaba altura conforme lo miraba. Alargó el brazo hasta el siguiente asidero. Se aferró a la roca con los dedos de la mano derecha y empezó a impulsarse hacia arriba. Los lobos aullaron presas de la frustración. Le pareció oír voces entre los gritos, voces ancestrales moldeadas por el odio.

«No debo caerme. Ahora no. Si consigo llegar a la cima estaré a salvo.» Debajo de él, los lobos se movían en círculo, observándolo, silenciados tras haber probado su sangre. Se apoyó en la pared rocosa y alargó el brazo derecho, que aún tenía libre, hasta encontrar un asidero y tiró.

La roca a la que se había agarrado se resquebrajó en cuanto se aferró a ella con más fuerza. Gritó mientras la sensación de ardor de los músculos luchaba contra la del frío que se le propagaba desde la pierna. Miró hacia abajo. Los ojos de los lobos le devolvieron la mirada.

Una mano lo agarró del brazo.

Alzó la cabeza de golpe. Le pareció ver un rostro encapuchado, perfilado contra las estrellas. Unos dedos firmes lo agarraron con fuerza a él y, por un instante, tuvo la sensación de piel arrugada moviéndose sobre músculos hebrados. Un momento después, lo estaban subiendo por el acantilado hasta la entrada de una cueva.

Se quedó inmóvil, respirando con dificultad, sin importarle que el aire que le llenaba los pulmones no fuera real. La luz de una hoguera titilaba en las paredes de aquella cavidad rocosa. Los aullidos de los lobos no eran más que un murmullo lejano. Oía el chisporroteo y el estallido de los leños al arder. El humo le invadió la nariz. Flexionó los dedos de la mano izquierda. Estaban vacíos.

Entonces se movió bruscamente y empezó a levantarse.

Quien se encontraba sobre él se enderezó. Una túnica del color del óxido hecha jirones le ocultaba la forma, pero no aquella corpulencia de

hombros musculosos encogidos bajo la tela desgastada y brazos llenos de cicatrices que se perdían entre unas mangas anchas. Una capucha envuelta en sombras lo observó brevemente, antes de volver a centrar la atención en los hilos dorados que le colgaban de los dedos y que se sacudían y retorcían como serpientes.

—Un camino demasiado largo para un fragmento de conocimiento tan pequeño —dijo la figura con una voz que crepitaba como la madera en el fuego.

—Devuélvemelo —respondió él suavemente, aunque en un tono cortante. El otro se encogió de hombros y le tendió los hilos. Al cogerlos, se fijó en la piel pálida que se extendía sobre los huesos alargados de la mano del extraño. Los cálidos hilos se volvieron a desplegar en su mano, retorciéndose contra la piel. El encapuchado comenzó a alejarse arrastrando los pies y se dirigió a la luz del fuego.

—Vivirás —afirmó este, mientras se agachaba y se doblaba hasta sentarse en el suelo. Ahriman recordó la herida de la pierna y la miró mientras extendía los brazos para sujetar los trozos de carne sanguinolenta. Se detuvo. Tenía la pierna entera. No había sangre en el suelo. La miró más de cerca, tanteándola con los dedos. La luz del fuego se desplazó y, entonces, la vio: una marca pálida en la piel, como una cicatriz blanca e irregular. Estaba fría al tacto, pero no le dolía.

Alzó los ojos. La figura lo observaba.

—Las marcas de los dientes tardarán en desaparecer, pero lo harán con el tiempo.

Él ignoró esas palabras. Escudriñó la cueva, examinando la textura de la roca, el destello de los cristales en las paredes desgastadas por el agua, el techo ennegrecido por el humo y el retazo de cielo nocturno que se divisaba más allá de la entrada. Aunque comprendía el simbolismo que encerraba cada uno de los elementos que veía, no dejaba de sorprenderle que la mente lo hubiera llevado hasta allí.

—Sigues pensando que esto es un sueño —declaró la figura.

Él no dijo nada, pero fijó la mirada en el corazón danzante de las llamas. Los lobos casi lo habían atrapado, casi lo habían arrastrado al abismo, daba igual si sentía o no dolor aquí y ahora, lo sentiría más tarde. Ellos se acercaban más y más cada vez que él regresaba a esta tierra.

—Tal vez sí es un sueño —añadió con una risita que Ahzek intentó ignorar—, aunque tal vez no.

—Lo es —afirmó este, mientras alzaba la vista hacia el hombre en las sombras. La luz de las llamas captó el reflejo de un ojo azul en el interior

de la capucha hecha jirones—. Este lugar es un refugio, la metáfora de un santuario erigido a partir de recuerdos y retazos de imaginación. Es una reacción de mi mente al peligro, nada más. —Se inclinó para coger un puñado de polvo del suelo y dejó que cayera lentamente de entre sus dedos—. Esta cueva es como la que hay en las montañas de Prospero. Las estrellas y la luna del cielo de ahí fuera pertenecen a Ullanor, y este polvo es el polvo de la tierra donde nací.

—¿Qué soy yo, entonces? —preguntó el encapuchado.

Era el turno de reír de Ahriman.

—¿Un extraño que hace preguntas, pero oculta el rostro? —y se señaló los brillantes ojos azules—. Eres parte de mí, una parte de mi subconsciente que se ha liberado a causa del trauma.

La figura asintió lentamente, mientras removía las brasas en torno al fuego con un palo ennegrecido.

—Pero los lobos... —dijo esta suavemente, encogiéndose de hombros— eran lo bastante reales como para matarte, ¿no? —Ahriman levantó la vista. Una sensación de hormigueo empezó a invadirle los sentidos. La voz del extraño había cambiado, se había convertido en algo que nunca pensó que volvería a oír. El hombre en las sombras se volvió lentamente para mirarle, la cabeza le quedaba oculta tras una capucha que dejaba entrever un único ojo azul—. Dime, ¿por qué Ahzek Ahriman huye de una manada de lobos en sus propios sueños?

Este se había quedado inmóvil. En algún lugar lejano, dentro de él, sus dos corazones idénticos habían empezado a latirle más rápido.

—¿Padre? —preguntó. «No —pensó en cuanto pronunció esa palabra—. Esto no es real, es un sueño y a tu padre hace mucho que lo perdiste».

El encapuchado soltó una risa seca y volvió a mirar el fuego. Levantó los brazos lentamente y se bajó la capucha. La cabeza que se ocultaba debajo era un bulto de hueso y tejido cicatricial brillante. Tenía el lado derecho de la cara torcido y desfigurado, y el ojo había desaparecido bajo una masa de carne deforme. El azul zafiro de su único ojo resplandecía en medio de aquel rostro destrozado. De pronto, la figura pareció un coloso empuñando por el tiempo y martirizado por el dolor.

—Te preguntas cómo es posible —aseveró el extraño lleno de cicatrices—. Si las mordeduras de los lobos fueron tan profundas como para hacer que la idea de mí saliera a la superficie o si se debe a lo que buscas —hizo una pausa y se ciñó los jirones de la túnica al cuerpo, como si tuviera frío—. Pero una parte de ti desea saber si es posible que este ya no sea tu sueño. Una parte de ti no puede evitar preguntarse si tu padre

sabe lo que buscas y ha venido a detenerte. Una parte de ti no puede evitar preguntarse si de verdad estoy aquí.

Ahriman no se movió. Debería haber previsto aquello. La búsqueda, unida a la huida de los lobos, lo había dejado exhausto. Había ido demasiado lejos, había tomado demasiado del pozo del inconsciente. Lentamente, extendió su mente hacia el exterior de la caverna, en busca de un hilo de sensaciones físicas que lo sacara de este sueño. En algún lugar distante podía oír el latido acelerado de sus corazones y la agitación de la sangre en las venas.

—No estoy aquí para hacerte daño, Ahzek.

—No —replicó este—. No estás aquí, simplemente.

—¿Eso es un hecho o una esperanza? —La figura removió de nuevo las brasas—. Buscas el Ateneo, ¿me equivoco? —la pregunta quedó suspendida en el aire, y el fuego crepitó en el silencio—. Todos mis pensamientos, todos mis «sueños», documentados y escondidos; una mina de conocimiento, una ventana al pasado. Por eso estás aquí, buscando los hilos que te lleven a él.

—Mi padre ni siquiera conoce la existencia del Ateneo. Solo unos pocos saben que es real, y muchos menos saben que lo busco.

Entonces se puso de pie y dio un paso hacia la abertura de la cueva. Sintió que, en algún lugar, una bocanada de aire real le llenaba los pulmones; sabía a incienso y estática. Apoyó la mano en el borde mismo de la entrada y contempló el cielo nocturno.

—No te daré las respuestas —declaró el extraño. Ahriman lo miró por encima del hombro. La silueta encorvada lo miraba fijamente con su único ojo. Tras ella, una sombra danzaba en la pared, se expandía y se contraía mientras centelleaba entre improntas de cuernos, alas y garras—. Me seguiste en la guerra y en la traición. Me seguiste por un precipicio que conducía al infierno, creíste en mí y me traicionaste, y todavía te preguntas si alguna vez llegaste a conocer a tu padre.

—Lo conocí —respondió él en voz baja.

—Entonces, ¿para qué buscas el Ateneo?

—Para el futuro.

—Buena respuesta, hijo mío. —La figura apartó la mirada y Ahzek vio cómo su rostro maltrecho se esforzaba por dibujar una sonrisa.

Frunció el ceño. Había algo en aquella sonrisa que le resultaba familiar, pero no le recordaba a Magnus, sino a otra persona, a alguien que no lograba reconocer.

—Di tu nombre —le exigió. Aquellas palabras atenuaron el fuego, y las paredes de la cueva parecieron estrecharse. El encapuchado tuerto volvió a atizar los leños incandescentes.

—Vete —respondió—. Los lobos no tardarán en volver.

Ahzek dio un paso atrás, hacia el interior de la caverna. La figura levantó una mano y el fuego se convirtió en un pilar candente, cuyas sombras se extendieron por las paredes, serpenteando hacia la luz, engulléndola. Una amalgama de chispas, ascuas y cenizas se esparció por el aire. El calor le abrasó la piel. La oscuridad lo envolvió y lo único que pudo ver fue la columna de llamas incandescentes. Intentó dar un paso adelante, pero había empezado a caer al vacío por un espacio oscuro, donde el resplandor de la hoguera acabó convertido en una estrella solitaria y distante que se fue apagando mientras caía.

—Despierta, Ahriman —dijo una voz que parecía llevada por el viento—. Despierta.